

las fuerzas organizadas predominan sobre las fuerzas desorganizadas así en la política como en la guerra. Además, los señores tenían á su cabeza la decision del senescal y los campesinos la indecision de Goetz, por no decir sus inclinaciones de traidor. Y eso que la causa del pueblo contaba con hombres tan grandes como Hippeler, el cual redactó una constitucion conciliadora, en que entraban por igual todas las clases de Alemania, y en que se proponia como fundamento del pacto la entrega de los bienes eclesiásticos á los señores en indemnizacion de la pérdida de sus bienes señoriales y las redenciones de todos los pechos pagados por los siervos. Al fin, despues de muchas alternativas que no podemos contar, despues de muchas desgracias que no podemos describir, aparece de nuevo Tomás Munzer en escena. Durante la guerra de los campesinos, Munzer recorrió la Alsacia, la Suabia, la Franconia, la Turingia para organizar fuerzas y socorrer á los mismos á quienes habia excitado y sostenido con su palabra y con su idea. Detenido en las prisiones de Fulda, fué al poco tiempo puesto en libertad; y se encaminó á la ciudad de Mulhouse. Llegado á esta ciudad, le intimó su consejo municipal que la abandonara inmediatamente; y prefirió, á pesar de su natural un tanto tímido, sublevarse á obedecer. Los ciudadanos, en su mayor parte, le obedecieron; y pudo establecer el régimen de la comunidad cristiana, en el cual tenían los ricos la obligacion de vestir á los pobres, de alimentarlos, y de darles la semilla para sus tierras. A pesar de la cólera que ardía en los disentimientos entre nobles y plebeyos, Munzer no molestó á ninguno de sus enemigos é hizo cuanto pudo para calmar las pasiones de sus amigos. Contando muy poco en verdad con su propio genio militar, confió el mando de las partidas, que organizaba rápidamente, á militares de probada experiencia; y contando poco tambien con el valor de los campesinos de Turingia, llenó sus huestes con mineros de Herzgovig, gente de mayor virilidad y energía. Seguro de su elocuencia, predicóles con palabras de fuego la guerra santa contra la tiranía feudal. «Imposible, decia, que Dios habite la tierra mientras haya en ella un sacerdote y un noble.» Pero, en verdad, á sus palabras de exterminio no correspondia su complexion delicada y tierna. Así daba treguas á la guerra, fortalecido en su ciudad predilecta, y esperando que el tiempo y los largos ejercicios le allegasen un ejército vigoroso. Tenia á su lado su amigo y discípulo Pfeiffer, uno

de esos impacientes que suelen perder con sus impaciencias las mejores causas; y en efecto, prevalido de que tenia ensueños bíblicos opuestos á la mansedumbre del Profeta, sedujo al pueblo, fácil de seducir, y salió para la guerra obligando y constriñendo á Munzer á salir despues de él, bien mal de su grado. Asustados los aristócratas de todas estas amenazas, mandaron al Landgrave de Hesse, Felipe, contra los campesinos; y el Landgrave tomó á Fulda y mató mil quinientos revolucionarios por hambre en los fosos de la ciudad vencida. De Fulda pasó á Eisenack donde decapitó veinticuatro revolucionarios. De Eisenack pasó á Langensalza, donde mató cuarenta revolucionarios á hachazos. Y uniéndose luego con las tropas del conde de Mansfeld y del duque Jorge, pudo ya dirigirse á la ciudad de Mulhouse para intimar su rendicion á Munzer.

Este infeliz, que servia para exaltar los ánimos, no servia para dirigirlos. Encendia las muchedumbres en verdadero entusiasmo por la fe; y no las organizaba en verdadera legion para la guerra. Entregado á los oficios del culto desde sus primeros años, acertaba verdaderamente á predicar con elocuencia; pero no acertaba, no, á combatir con coraje. Su voz tenia gritos de rebato, su palabra ecos de profeta, su imaginacion visos de apocalipsis, sus ojos ardor de centella, su corazon arrebatos de héroe, su inteligencia sublimidad de pensamiento; y con aquella su figura de redentor terminada por hermosísima cabeza de la cual descendian rubios bucles sobre los hombros; con aquellos sacudimientos epilépticos en los cuales centelleaba la electricidad de sus emociones; con aquellas actitudes artísticas á que le inclinaba su natural exaltado, cuando al aire libre, en medio de un campo, escogiendo por tribuna la altura de una colina y por dosel las ramas de un tilo ó de un abeto, invocaba el nombre de Dios en los templos de la Naturaleza, alzando la vista y los brazos á lo infinito; la multitud se retorcia de entusiasmo y se arrastraba por los suelos, creida de que iban los horizontes á rasgarse y el Eterno á venir para coger al predicador en carro de fuego como á Elías y llevárselo consigo á la eternidad. Mas en cuanto descendia el pobre á las tristes prácticas de la política y á las realidades de la vida, con todo tropezaba y en todo se heria por su congénita torpeza y por su irremediable inexperiencia. Sus propias ideas le apartaban del conocimiento de la naturaleza humana en general, y en particular de la



naturaleza germánica; porque sostenía vulgar comunismo de todo punto incompatible con los dos mas rudimentarios sentimientos nuestros, con el sentimiento de la individualidad y con el sentimiento de la familia. Y si allá en las puras esferas de la ciencia desconocía de esa suerte la naturaleza humana, desconocía mas aun en las impuras esferas de la vida real y de la política militante. Sin embargo, en este momento se despierta y ejercita una febril actividad. Viéndose perdido y tocando ya con sus manos la palma del martirio, llega en sus delirantes ensueños á los oráculos sibilinos y á los presentimientos proféticos correspondientes con su magnética complexion y con su extraña naturaleza. En tal estado, sus labios llueven palabras incandescentes, que abrasan la conciencia y el corazon de las muchedumbres, las cuales ciegas de entusiasmo, corren á sostener á su profeta, sin presentir que corren á segura catástrofe. Munzer, para contrastar el terrible alud de gente armada que le persigue y le cerca, sube al monte llamado eminencia del combate, donde podía oponer mayor fuerza al empuje feudal. Aun pudiera caer con gloria de contar con mas seguro ejército. Pero el entusiasmo pasa como todos los afectos exaltados; y la indisciplina sobreviene, como un mal necesario, á todo ejército en que la autoridad carece del elemento de la fuerza y la legion del hábito de la obediencia. Dentro de su propio campo estaba vendido, y tenia que apelar al verdugo para imponer un respeto, no alcanzado por su prestigio. En aquellas horas terribles, precedentes á su último trance, comprendía que la libertad no pertenece tanto á los que la aclaman y la violentan como á los que por su dignidad la merecen. «Locura, decía, dar la libertad externa y legal á quienes desconocen la libertad interior y profunda. He venido á defender los pobres y los opresos contra los tiranos y los impíos que nadan en la sangre y en el sudor del pueblo, he venido á vengar al justo del injusto.» Y despues de estas fórmulas bíblicas, en vez de pintar la muerte como en sí es, y de encarecer los deberes de aquellos que, al levantarse en armas, han de arrostrarla necesariamente por su honor, promete sin consejo detener los tiros en las mangas de su manto. Y como, al decir estas palabras, por un efecto de óptica aérea, los rayos del sol produjeran en las gotas de la lluvia los matices del iris, se exalta, como todos aquellos fáciles á las emociones; y señala aquel fenómeno natural como un signo celeste, como una bandera

sobrehumana, como los bordes de las hermosas alas de una legion de ángeles, como el anuncio de una divina victoria sobre el demonio y sus legiones infernales de caballeros, sacerdotes y reyes. A tal exaltacion obedecieron las muchedumbres fáciles de encrespase á la menor idea como las olas al menor viento. Todos los campesinos, pues, piden á una las armas, y corren al combate cantando el himno de su secta, que pide la visita del espíritu divino y confía en sus auxilios, himno contestado por el fuego de fusiles y de cañones, que estaban apercebidos contra las pobres gentes, sin que ellas lo notasen y lo viesen. Una hora bastó á la fuerza para dar razon del entusiasmo; una hora bastó para que cinco mil campesinos cayeran exánimes sobre aquel campo de batalla. La mayor parte de ellos creian que no necesitaban del propio esfuerzo, ni del grande armamento, ni del empuje guerrero, sino del mero auxilio de aquel en quien libraban todas sus esperanzas, del Espíritu Santo, á cuyo nombre, invocado y bendecido en tal trance, morian como las tórtolas que arrullan entre las garras del milano y los corderos que balan entre los dientes del lobo. En aquella rota universal, Munzer tuvo que huir del campo de batalla y que retirarse á la ciudad.

Ya no era el vencedor de otros tiempos, y en vez de irse al palacio de su ciudad, se fué á los desvanes y á los escondites. Y allí, en aquel apartamiento, lo encontró la codicia soldadesca, que unas veces busca copia de despojos, otras veces precio de rescates. El pobre revolucionario apareció frente á frente de los príncipes, contra quienes se habia sublevado. El valor, que en estas últimas horas de su agonía mostrara, preséntale casi redimido á los ojos de la posteridad y ante el juicio de la historia. Nada le importó que tuvieran los príncipes en sus manos aquella su vida, todavía en la florescencia, para que les dijera como el vencer no implica el merecimiento de la victoria. El jóven Landgrave de Hesse, con una crueldad impropia de sus años, púsose á discutir con Munzer tranquilamente, sin pensar que discutía con un moribundo, necesitado de convertir los primeros pensamientos, que le asaltaran despues de su rota, á la familia, y los últimos á la eternidad. Despues de haberle probado en estos debates religiosos, quisieron probarle en los asuntos políticos; y Munzer opuso á todas sus crueles investigaciones desdeñoso y porfiado silencio. Viéndole fortalecido en tal reserva, pusieronle á cuestion de